

bia te quebrantarán de manera, que la madre que te espera no te verá allá tornar; é esto te ruego yo porque me feciste mucho bien é mucha honra; que bien conosco yo que no te verná bien esto, é ruégote que te vayas de aquí, é non los esperes á aquellos, de cuyas manos no podrás escapar, é ruégote aun otra vez que te vayas de aquí.» E dijo entonces Corvalan á Arloin: «Bien sabes tú jugar para escarnecer; mas hoy tú verás á los franceses vencidos; que no habrá en ellos ninguno tan discreto ni tan esforzado, que se sepa dar consejo.»

CAPITULO CXVII.

Cómo el duque Gudufre pasó la puente con su haz.

Despues de aquellos que dichos son, salió de la villa el duque Gudufre, é pasó la puente muy esforzadamente, é paróse en el campo de parte de la montaña con sus compañías, é llamólas allí una á una por sus nombres, diciéndoles así: «¿Vedes la seña real? Allí está Corvalan é el rey Religion, é en derredor de ellos están los turcos de muchas tierras ayuntados, é non desmayéis por la muchedumbre de la gente, mas pensad de ferir en ellos por fuerza.» Ellos respondieron entonces que harían de buen corazon su mandado, é que antes querían todos morir allí que no hacer cosa que no debiesen. Corvalan, cuando oyó el ruido que ellos hacían, cató é llamó á Amagdelis, é dijo: «¿Sabes tú quién es aquel que acabdilla aquella haz del pendon bermejo?» Respondió Amagdelis: «Par Dios, Señor, sólo muy bien, é deciroslo he de grado ahora luego: sabed que aquel es el duque Gudufre, que nunca mejor que él calzó espuelas; que mas desea haber batalla con turcos que trebejar con doncellas ni cazar con esmerijones; aquel es el que fizo el gran golpe cuando partió el Almirante, é cayó la meitad dél en tierra, é la otra meitad quedó en la silla; por que los de Persia hicieron gran llanto.» Cuando esto oyó Corvalan, bajó la cabeza, é estuvo gran rato que no habló; entonces murmuró el rey Religion, é dijo, sonriéndose: «¿Cómo á esos esperamos? Por la ley de Mahoma, en que yo creo, no esperaré yo mas aquí.» Dijo Corvalan: «Arloin, cata tú no me mientas; que tú sabes muy bien burlar é escarnecer, é dime cuáles son aquellos que veo en aquel campo con aquella seña de dragon.» Allí respondió Arloin, é dijo: «Par Dios, aquellos conosco yo muy bien; aquel es el duque de Bullon, é trae en su compañía unas gentes muy sañudas, alemanes é bailondros, que saben esgremir tan sotilmente, que tan bien guardan á sus caballos como á sí mismos, de manera que non los puede hombre sufrir ni llagar. E cuando aquel duque está armado sobre un caballo, tremer hace la tierra á derredor de sí bien un trecho de piedra, é trae tal espada, con que da tales golpes, que non puede ser caballero tan bien armado, que si lo alcanza aun sobre el yelmo, que no lo fienda todo hasta en los arzones; así que, no le guarece escudo ni loriga ni peripunte. E par Dios, Rey, señor de gran nobleza é de gran riqueza, no te afrentes con él; mas véte ante que aquí llegue, ca si á tí llega, el Dios en que tú crees non te podrá amparar dél.» Cuando el rey Religion aquello oyó, sospiró muy fuertemente, é fizo venir ante sí

cuarenta é cuatro reyes, é mandóles que parasen sus haces.

CAPITULO CXVIII.

Cómo Tranquer con su haz pasó la puente.

Despues de aquellos cuatro cabdillos que dichos son, salió de la villa Tranquer con muy hermosa compañía de caballeros mancebos é muy bien armados é muy apuestamente, é pasaron la puente é paráronse á una parte, é dijo luego Tranquer á sus compañías: «Señores, ¿vedes aquella seña? Allí está el ejército de los moros; cátese bien cada uno de vos que no quede por él de hacer bien, é fiera en ellos muy de récio.» Allí respondieron ellos, é dijeron que, por aquel Señor que hizo el mundo, que ellos serían en la batalla los mejores que pudiesen, é que ferirían de récio é de corazon, é que tal hecho harían en aquellos moros, que se non alabarian dello mucho á la partida. Paró estonce mientes Corvalan hácia aquella parte, é preguntó á Amagdelis si conocía él á aquellos que tan grande alborozo hacían; dijo Amagdelis: «Señor, aquel cabdillo de aquella compañía dicen Tranquer, é es uno de los mejores caballeros del mundo; así que, en fuerte punto lo conocieron los turcos é los persianos.» Cuando Corvalan oyó aquello alzó la cabeza, é dijo á su gente que aquellos mesquinos orgullosos que aquel día ante de la tarde no farian ufánias. Estonce dijo el rey Religion: «Estos me parece que son buenos pelegrinos; ciertamente quien aquí los esperaré non querrá mas vivir.»

CAPITULO CXIX.

Cómo Boymonte, principe de Pulla, pasó la puente con su haz.

En pos de aquellos que dichos son, pasó la puente el muy lozano don Boymonte con gran compañía de lombardos é de toscanos muy bien armados á maravilla, é paróse en el campo con su haz; muchos habia en aquella su compañía que habian vendido los caballos é las otras bestias, mas por eso no les faltaba de haber ellos los corazones orgullosos é lozanos. Allí les fabló estonce Boymonte é dijo: «Señores, entendido lo que vos digo: ¿vedes aquella seña que el viento menea? Allí es la multitud maldita de turcos de Persia, que acabdilla Corvalan con el rey Religion; catad cómo son cubiertos los montes é los valles é los campos de turcos; no vos espantédes dellos porque son muchos, mas sean bien feridos de vosotros con las lanzas é con las espadas é con todas las armas que vos teneis, é cometémoslos en tal manera, que los maltraigamos é que no hayan en sí acuerdo. E dijieron ellos que cierto fuese que así sería, é que no le faltarian mientras fuesen vivos. Dijo entonces Corvalan á Amagdelis que le dijiese cómo habia nombre el cabdillo de aquella haz, é que si lo conociese, que gelo non negase. Respondió Amagdelis: «Desto vos diré yo bien verdad: aquel es don Boymonte, el muy buen lidiador, é mas desea entrar en batalla que haber oro ni plata, é trae consigo gente muy atrevida.» Cuando Corvalan oyó aquello é lo entendió, mudósele la color, é dijo entre sí que si Mahoma no los amparase, que jamás non tornarian al reino de Persia; é dijo entonces el rey Religion que estaba en tiempo de huir de allí, é que bien habia por loco á aquel que los esperase. Di-

jo entonces Corvalan á Arloin: «E tú, Arloin, ¿conoces aquellos de zaga, que non tienen carrera ni sendero?» Respondió Arloin: «Muy bien sé quién son; que aquel es don Boymonte, hijo de don Rubert Guisarte, que conquirió por fuerza un imperio, é allí son con él Buens Coriguer é Rubert, hijo de Gugarondo, su alferez, é Ricart de Printapuy, é Raniol, el marqués de Brocarte de Valpina, é andan con él cuarenta condes muy preciados, é bien diez mil caballeros muy bien aderezados; que de toda la cristiandad trae consigo los mejores hombres d'armas que pudo haber por ruegos é por soldadas, é los mejores caballos é las mejores armas; é la mayor parte de aquella gente son caballeros mancebos, que no catan ál sino cómo podrán ganar fama de armas é que hablen dellos por las tierras.» Dijo Corvalan á Arloin: «Bien te tengo por clufador en tales palabras que de aquellas gentes me dices, en que las así ensalzas; mas así las verás aun hoy tornar al postrimero paso, é á tal priesa tomarán, que uno no esperará á otro, ante fuirá quien mas pudiere, que non se esperarán unos á otros, é durará el alcance hasta Mompesler; é tantos habrá muertos dellos que de aquí hasta un año no serán dellos vacíos los campos, ni los blancos de que se ellos suelen alabar, á que llaman ángeles, é son malas cosas é no les ayudarán; é despues que ellos fueren todos muertos é desbaratados, pasaremos nosotros la mar con los sus navíos mismos, é entraremos en Francia, la su tierra fuerte, que ellos mucho prescian.»

CAPITULO CXX.

Cómo la hueste de los hombres ancianos pasó la puente.

A la batalla salió Boymonte con su compañía, así como habeis oido, é salieron en la villa en pos dél los hombres viejos de gran edad, é fueron muy bien armados; é eran bien hasta sietemil sobre buenos caballos, é habian las barbas blancas, é parecían de fuera sobre las armas fasta las cintas, é semejaban que salieran de paraíso, tanto eran cosas honradas, é parecían como santos; é pasaron así la puente, é pararon sus haces cerca de una oliva que estaba en el campo, é dijieron así unos á otros: «Gran merced nos fizo nuestro Señor Dios, é mucho nos ama, que de tantos peligros nos ha librado, é nos ayuntó aquí agora para conquistar la su heredad, é vil é deshonorado sea todo aquel que de nos fuyere por moro. Catad la tienda de Corvalan cómo es rica. Si los caballeros mancebos ante la conquirieren que nosotros, seremos escarnidos é alabarse han ante nos, é nosotros non osaremos parecer ante ellos en ningun lugar do ellos sean.» Estonce Corvalan, que estaba en su tienda, cuando vió aquella gente tan desemejada de la otra, preguntó Amagdelis é dijo: «¿Sabes tú quién son aquellos que están apartados? Nunca vi yo otros tales ni otra tal gente, ni semejante dellos.» Dijo Amagdelis: «Señor, bien lo puedes saber; que aquellos son los muy buenos caballeros del tiempo viejo, que conquirieron á España por el su gran esfuerzo; que mas moros mataron ellos despues que nacieron, que vos non trujistes aquí de toda gente; é aunque los otros fuyan del campo, sepas que estos no fuirán por ninguna manera, que conocen que han logrado ya bien

sus dias, é siles acaesciere, querrán ante aquí morir en servicio de Dios que tornar las cabezas para fuir.» Cuando Corvalan esto oyó, movió la cabeza é dijo asímesmo que mal fuera engañado, é que si Mahoma, en que él creía é esperaba, non le acorriese, que nunca mas vería él su tierra ni el su rico linaje; é dijo el rey Religion que mal recabdo era de estar allí, é que non los esperaría él, si Dios quisiese; tanto era ya de desmayado por la virtud de Dios que tenia con los cristianos.

CAPITULO CXXI.

Cómo salió la otava haz, que acabdillaban Gualter de Domarte é don Yugo de San Polo, é pasó la puente.

Gualter de Domarte el Deleitoso, que llamaban así por sobrenombre, é don Yugo de San Polo, é don Jarran el Varon; estos cuatro cabdillos acabdillaban esta otava haz; é don Jarran de San Polo se armó aquel día muy noblemente, de loriga muy hermosa é muy preciosa, é diéronle un yelmo, que se enlazó otrosí, muy preciado; así que, en toda la hueste non habia otro tal, é el obispo de Puy llegó estonce é echóle del agua bendicha. Cuando don Jarran vió aquello, dijo al Obispo: «Señor, dejad esta vuestra agua, é no me mojédes el yelmo, que mucho lo amo, é aun hoy lo quiero mostrar en los moros en la mortandad que en ellos haré en el lugar que entre ellos lo meteré.» E el Obispo, cuando aquello le oyó decir, comenzó de reir é dijo: «Amigo, Dios, que todo el mundo tiene en poder, guarde vuestro cuerpo de muerte é de daño, que, segun me parece por esas palabras, aun vos no pensais pasar livianamente por la batalla hoy.» Estonce salieron por la puerta con corazon de facer mal á los moros cuanto pudiesen; é así como iban saliendo fuera, ibanse parar allende de la puente en el campo. Mas don Jarran de San Polo non quiso estar quedo, antes arremitió el caballo é hízole revolver tres veces en menos de un trecho de piedra puñal; é vió Corvalan de Oliferna muy bien, é dijo á Amagdelis: «¿Sabes tú cómo ha nombre aquel caballero que tan bien é tan apuestamente trae armas?» Respondió Amagdelis: «Señor, aquellos son los ricos hombres de allen la mar, é aquel caballero llaman don Jarran Taja-Fierro; que tan fieramente taja él del espada, que los golpes no han menester melecina.» Aquí habló el rey Religion, é dijo: «Mucho se debe hombre guardar de tal batallador; é como quier que los otros sean, no esperaré yo aquí aquel; que si los otros de aquella compañía tales son, non escapará ninguno de nos á vida.»

CAPITULO CXXII.

Cómo pasó la puente el obispo de Puy muy esforzadamente.

Salidas de la villa las ocho haces, salieron luego en pos dellas, en esta novena haz, el obispo de Puy, como muy leal é de muy gran esfuerzo, con muy hermosa compañía é muy bien armados, é pasaron la puente é tomaron su plaza en el campo. Estonce llamó el Obispo á sus compañeros, é dijoles: «Varones, vedes los turcos por los valles é por los oteros cómo hacen grande alegría porque nos ven fuera, mas muy mayor la debemos nosotros hacer porque vemos á ellos; é non los temais ni deis nada por ellos, que descreidos son é sin ley;

é acordáos que habeis sufrido muchas fatigas, é esforzad é tened buen corazon para que hoy les deis el galardón, que tan esforzado non haya ninguno entre ellos que sepa darse consejo.» E en esto, Corvalan miró hácia aquella parte, é llamó Amagdelis, como solia, é preguntóle quién era aquel príncipe que le parecía un rey; respondió Amagdelis: «Señor, aquel es un obispo que tienen en lugar de cardenal, que dice las horas é la misa á los ricos hombres, é desea batalla mas que otra cosa ninguna.» Cuando aquello oyó Corvalan, pesóle mucho é pensó en ello, é encendióse todo con gran saña é malenconia, é comenzó de sudar. El rey Religion, cuando aquello vió, habló allí, é dijo por el obispo de Puy: «Aquel dará grandes golpes mortales, que bien lleva su lanza é va muy aderezado.»

CAPITULO CXXIII.

Cómo don Pedro Dastanor é don Rinalte de Torres pasaron la puente con su haz.

Don Pedro Dastanor era caballero muy esforzado, é asimismo don Rinalte de Torres, que había fiera catadura é espantosa; é hicieron una haz de caballeros escogidos de los ferrenques é de frisonos, todos estos de gentes de sus tierras; é fueron bien diez mil caballeros, armados de muy buenas lorigas é de otras armas é sobre muy buenos caballos, é salieron de la villa é pasaron la puente, é paráronse á su parte, al cabo de la mar en un rastrojo; é como eran hombres fuertes é bravos, é se atrevían, quisieran luego acometer los turcos é comenzarles á dar salto en la tienda de Corvalan; mas el obispo de Puy hizolos que se tirasen afuera é que fuesen cuerda mente contra sus enemigos. Paró estonce mientes Corvalan, é cuando vió aquella compañía así revolver con tan gran bullicio, dijo á Amagdelis: «Dime, ¿quién son aquellos?» Respondió Amagdelis: «Señor, aquel es Pedro Dastanor é Rinalte el ardit, que son cabdillos de aquella haz que agora salió postrimera.» Estonce dijo Corvalan contra sí mesmo que muy mal le engañara el que allí le ficiera venir, é le dijera que non había en la villa sino muy poca gente é de poco corazon, é con tan gran hambre, que habían comido los caballos; é que si Mahoma, por su merced, no parase mientes en él, que nunca él tornaría al reino de Persia. Estonce habló el rey Religion, é dijo que él había muy gran miedo de aquellas compañías, tantas é tan bien aderezadas, é que non quería alfiestar por ningún haber. E todo este miedo era por la gracia de Dios, que les puso tamaño espanto en favor é ayuda de los cristianos.

CAPITULO CXXIV.

Cómo la haz de la clerecía pasó muy esforzadamente la puente.

La haz de la clerecía que se apartó en aquella hueste para ir á los enemigos en la batalla, salieron de la villa revestidos en sus albas é alzados sus paños é muy bien armados, segun que ellos se pudieron mejor armar, é pasaron la puente é hicieron corro desí en cerco, é el mas letrado dellos predicóles, é dijoles así: «Hombres buenos, non temáis; cada uno de vos era rico é vicioso en su tierra, é todo lo dejastes por amor de Dios é por hacerle servicio, é quien aquí muere por él, cierto sea que ga-

nará el paraíso.» Respondieron todos á una voz que non temían, ni harían sino ferir todos muy bien é de gran corazon en los moros. Corvalan, cuando vió aquella gente de la haz de la clerecía estar de aquella forma, alzó la cabeza é dijo á Amagdelis: «¿Quién son aquellos coronados é cercenados?» Respondió Amagdelis é dijo: «Aquella compañía son los clérigos de los cristianos, que son hombres ligeros é alegres, é llenos de virtud é muy enseñados, é andan afeitados de aquella forma, segun su orden; é aquellos muestran á los otros la ley que tienen todos é les dan el bautismo; mas non han orden ni mandamiento de sus mayores para traer armas sino cuando van en hueste contra los enemigos de su ley.» Cuando Corvalan esto oyó, dijo: «Pues que así es, non hay por qué á estos haber temor.» Dijo estonce Amagdelis: «Corvalan, señor, otro mercado es este é de otra manera se face; sabed que les hicieron entender, ante que ellos saliesen de la villa, que si non se defendiesen, que todos serían muertos; é cuando se ve hombre en estrecho de muerte hace lo que puede. Mas creed vos que ante que todos aquellos sean muertos, que harán muy gran daño en la vuestra gente.» Estonce dijo Corvalan que mal eran engañados; é dijo el rey Religion que á aquellos quería él llegar, porque los veía desmayados; que si menester le fuese, bien se les escaparía é fuiria de á caballo, que nunca ellos le podrían alcanzar á pié.

CAPITULO CXXV.

Cómo el rey de los arlotés é Pedro el Ermitaño pasaron la puente con su haz.

No mucho despues el rey de los tahures salió de la cibdad con su noble caballería, é Pedro el Ermitaño, un pelegrino discreto con él, en su mano un bordon, que era fuerte é bien ferrado, é hobo muy gran compañía de mancebos escogidos, é eran bien hasta dos mil de tales como agora oírédos; que allí veríades tantos paños arpados é rotos, é tanta barba luenga, é tanta cabeza despeluzada, é vuelta é enhebrada, é tantos magros é tantos descoloridos, é tantas piernas llenas de postillas é amancilladas, é tantos de vientres finchados é espinazos tuertos é corvados, é tantos piés tuertos é descálzos é fendidos de crietas que éntaban hasta el hueso, é tantas espinillas quemadas é pintadas del fuego, é tantos calcañares partidos de muchas partes, é tantas desemejadas cataduras de rostros é de narices é de dientes, que eran tan desvariados é feos, que non parecían gente humana. E traían fochas de sus tierras, é cuchillos de acero, é bisarmas, é porras, é palos afilados, é picos, é piedras é bastones; é el Rey traía una facha, que le decían facho, de acero muy templado, é sabia ferir con él tan bravamente, que á quien él alcanzaba con él, non había armadura que le aprovechase. Esta compañía que vos habemos dicho salieron é pasaron allende la puente; é estonce habló el Rey á los suyos, é dijoles: «Varones, muchas lacerías é mequindades habédes sufrido, é el refran viejo dice, é es bien verdad, que mas vale perder la cabeza en honra que non vivir luengo tiempo en cativerio. ¿Védes oro é plata por aquellos campos relumbrar? Quien lo pudiere ganar saldrá de cativo é nunca mas en sus dias será pobre.»

CAPITULO CXXVII.

De las palabras que hobieron Corvalan é Amagdelis sobre las dueñas.

Dijieron ellos estonce: «Hacerlo hemos cuanto mejor pudiéremos; é deshonrado sea, é aviltado é escarnecido, el que de nosotros fuyere del campo, é nunca vea á Dios nin sea con él en su gloria.» Corvalan vió aquella gente tan extraña, é levantóse en pié é dijo á Amagdelis: «Dime si conoces aquella gente tan fea é tan mal vestida, que parecen diablos que escaparon del infierno. Pues ¿quién piensas que son estos? — Dijo Amagdelis: «Señor, aquella gente que vos preguntais de esperada, é mas desean comer carne de turcos que aves de ribera ni ninguna otra caza, é cómenlos cocidos é asados.» Cuando Corvalan aquello oyó, fué tan espantado, que dijo que non iría contra ellos un paso por mil marcos de oro. Dijole Amagdelis: «Por Mahoma te juro que mayor miedo he dellos que de cuantos hay hi hermosos é bien vestidos.» E el rey Religion escuchó aquellas palabras de Corvalan é de Amagdelis, é desde que hobo escuchado habló é dijo: «Yo non esperaré aquellas gentes ni los de las coronas, que hombres son mas de virtud que los otros, é mas miedo he yo á aquellos que á todos los otros.»

CAPITULO CXXVI.

Cómo la haz de las dueñas salió de la villa, é cómo pasaron la puente muy esforzadamente.

Sobre las razones de todas las otras haces debéis oír la de la haz de las dueñas, que fueron para servir á nuestro Señor Dios en aquella batalla é salvar sus almas; que esas dueñas que habían quedado en Antioea, cuando vieron que sus maridos eran fuera de la villa á haber la batalla con los moros, ayuntáronse estonce ellas todas en medio de la villa, é hobieron su consejo, é dijieron: «Nuestros maridos é nuestros señores son salidos á la batalla, é si voluntad de Dios fuere que consienta que los maten, tomarnos han los moros é escarnecernos han, é mas valdria que muriésemos con ellos en uno que non que quedásemos en esta sospecha. E si Dios quisiere que los turcos sean vencidos, serémos de nuestros maridos mas honradas é mas amadas, é fiarán más de nosotras.» A esto respondieron todas á una voz: «Vamos fuera con ellos, á recibir lo que Dios nos quisiere dar.» E fueron luego para sus posadas, é las unas tomaron sus bordones que traían en sus romerías, las otras cogieron piedras en sus faldas, las otras, pensando que sería menester de beber para los de la hueste, tomaron barriles é botijas é cantarillos, en que levasen agua para dar á los que lidiásen cuando lo hobiesen menester. E salieron todas aderezadas por la puerta desta manera, é pasaron la puente. Corvalan, cuando vió aquella compañía de mujeres, preguntaba á Amagdelis, que estaba cerca dél, é dijole: «¿Sabes quién son aquellas que vienen por aquel camino? ¿Por ventura si son sus mujeres destos que son salidos á la batalla?» Dijo Amagdelis: «Señor, aquellas son sus mujeres, é agora vos puedo jurar bien que habréis gran batalla.» Cuando Corvalan aquello oyó dijo con un suspiro entre sí: «No sé á cuál parte huya que pueda guarecer; si Mahoma, que non debe amparar, no torna sobre nosotros, jamás non tornaremos á nuestras tierras.» Dijo el rey Religion: «Agora oyo lo que non deseaba; que tan grande miedo he, que non me puedo esforzar en el corazon ni en los brazos ni en las piernas.»

Despues que las dueñas fueron fuera de la cibdad, é las vieron en el campo sus maridos é sus señores, hobieron dellas gran piedad, doliéndose mucho de cómo ellas venían; tanto, que perdieron la color. Estonce enlazaron los lugares de las lorigas que eran de enlazar, é aquellos llaman los hombres d'armas ventanas, é pusieron las manos en las espadas, é juraron que ante que ellos perdiesen sus mujeres, las harían á los moros comprar caramente. Corvalan miró desde su tienda, é vió á las dueñas muy bien, é dijo á Amagdelis, que estaba hi: «Aquellas dueñas me envia empresentadas la hueste de los cristianos; bien lo facen, é yo recibirlas he, é llevarlas he conmigo en muy buenas mulas, é casarlas he con mis turcos muy noblemente.» Estonce respondió Amagdelis á aquello que dijo, como en desden é en escarnio: «Corvalan, agora os parece que las hallais como desamparadas, mas dígovos yo, par Dios, que mal conocéis á sus maridos, que antes que las pierdan vos darán tales heridas por ellas, de que habrá escudos quebrantados é cabezas cortadas é lorigas falsadas é yelmos abollados é lanzas quebradas, é muchas almas sacadas de los cuerpos; é si vos aquellas dueñas quereis haber, vendérvoslas han muy caramente, que nunca otra cosa tan cara comprastes.» Dijo Corvalan á esta razon: «Por la ley de Mahoma, en que yo fio, maravillado me hago de tí, que non puedo ya sufrir ni durar tus chufas nin tus refiertas ni tus denuestos; que hoy todo el dia non has cesado de loar aquellas gentes; tanto, que creo que te tornaste cristiano, é que te darán soldada por ello, é te han de heredar en Antioea de tierras é de palacios.» Señor, dijo Amagdelis, mas cierto lo espero de vos, que los venceréis, é cuando fuéredes en sus tierras coronaréis vuestra mujer por reina.» E en esto acabaron sus razones.

CAPITULO CXXVIII.

Cómo Corvalan preguntó Amagdelis que qué gentes eran unas blancas que viera, é de la respuesta que Amagdelis le dió.

Corvalan de Oliferna estando aun en esto, que desde que viera la haz de los tahures non se asentara, paró mientes hácia la parte de la mar, é vió unas gentes, de que fué mucho maravillado, que los vió tan blancos como la nieve, é preguntó á Amagdelis si sabía quién eran, é él respondió que todos los otros conocía, mas aquellos que non sabía quién eran. Cuando esto oyó Corvalan, mandó llamar á Arloin, que se quería ir, é dijole: «¿Sabes tú quién son aquellas gentes que vienen de diestro por los barrancos, é sus caballos blancos é todas sus armas, é los fierros de las lanzas parecen llamas de fuego, é sus coberturas é sus señas é sus pendones blancos como la nieve? E dijole Arloin: «Por buena fe, Señor, que vos diga verdad, non sé quién son; mas paréscenme ángeles en su continente, por lo cual, Señor, te ruego que me creas de consejo, é véte de aquí; que si los aquí esperas, ningún hombre del mundo non te podrá valer, nin Mahoma, en que tú fias, que hoy non seas vencido é desbaratado tú é los turcos.»

CAPITULO CXXIX.

Cómo Arloin se fué á hurto de la compañía de Corvalan, cuando vió que se querían armar.

Después destas razones, entendió Arloin que Corvalan se quería armar, é cuando vió los moros ir é venir, é oyó tañer los atambores é levantarse el ruido por las tiendas é por la hueste, comenzó á ir poco á poco, como á hurto, é subió por una montaña arriba, é de encima de una Peña paró mientes á la hueste de los cristianos, é hobo tan grande alegría, que nunca mayor la hobiera, cuando vió mover las haces de los cristianos poco á poco, extendiéndose por el campo, é vió primero los blancos, que eran los ángeles, á quien solían ver otras veces en los postrimeros venir de zaga, cómo llegaban estonce, de parte de la mar, é los que solían venir postreros venían primeros agora.

CAPITULO CXXX.

De un milagro que fizo nuestro Señor, por lo cual los cristianos fueron conhortados.

Cosa maravillosa fué lo que acaesció cuando los cristianos salieron de la villa é movieron para ir á la batalla, é la debria hombre contar como fecho de nuestro Señor Dios. Cuando los arqueros que oistes que comenzaron primero fueron desbaratados, las haces de los cristianos venían unas en pos de otras, así como era ordenado, é andaban muy paso por non se desordenar. E estonce comenzó á caer del cielo una lluvia tan mansa é tan dulce, que nunca fué vista tan sabrosa; que verdaderamente pareció á cada uno que aquello fuera bendición de Dios é la gracia del cielo, que descendía sobre ellos; luego fueron las gentes tornados tan frescos é tan ligeros como si nunca hobiesen sofrido el trabajo ni la fatiga que sufrieran en la cibdad de Antioca. E aun este refresco non fué tan solamente en los hombres, mas fueron los caballos tan frescos é tan récios, é tan vivos é de tan grandes corazones, como si hobiesen estado en el establo holgando cuanto menester les fuese. E esta cosa les fué muy conocida aquel día, que era bien é merced que les enviara Dios; que los caballos, que pasaran muchos días que no comieran sino fojas de árboles é cortezas, en aquella batalla sufrieron muy mas é mejor el trabajo que los caballos de los turcos.

CAPITULO CXXXI.

Del sermón que hizo el obispo de Puy á los ricos hombres.

Quando los ricos hombres fueron todos fuera de la cibdad, así como habemos contado, el obispo de Puy fizo ayuntar los caballos de la hueste, é habló como predicando, é dijoles: «Señores, en buen punto nacistes, acuérdeseos agora de cuánto habédes sofrido después que partistes de vuestras tierras, de mucha hambre é de mucha sed é de otras muchas lacerias, védes aquí la emienda que vos envió nuestro Señor Dios; no desmayeis por los enemigos aunque los veais muchos, mas sufrid os bien; que Dios vos enviará en ayuda los sus ángeles armados, é hoy serán vistos en esta batalla, así como ya otras veces. E cualquiera que aquí muriere por Dios, el día del juicio rescibirá tal galardón, que será

coronado con los ángeles, que son príncipes del paraíso; é yo vos perdono todos los pecados é vos absuelvo dellos, é de cuantos fecistes contra la voluntad de Dios hasta hoy.» Quando los ricos hombres esto oyeron al Obispo decir cobraron en los corazones tan gran esfuerzo, que dijieron luego que antes querrian perder las cabezas que fuir por moros quanto un palmo de tierra. E acordaron todos que se allegasen hácia la montaña, que era allende de la villa quanto dos partes de una legua, que si por aventura los moros, que tenían gran poder de gente, fuesen hácia aquella parte, poderse-hían meter entre los cristianos é la villa, é destruirían á los cansados é á los llagados, que los matarian de las saetas. En esta manera se fueron las haces de los cristianos, las unas en pos de las otras; así que, no llegaba la una á la otra; é tomaron el campo, que no se temieron que fuesen encerrados de los moros; é extendiéronse desde el río del Fer hasta la sierra. E segun cuentan algunos que allí se hallaron, ocupaban las haces una gran legua en ancho, é como feria el sol en las armas de aquellos caballeros, tan bien en los de la una parte como en los de la otra, facia relucir los escudos é las lorigas é los yelmos, é los fierros de las lanzas é de las azconas é de las faclas; así que, todo hombre que lo viese lo ternia por muy gran cosa é muy apuesta, é sobre todo muy temerosa; é otrosí las sobreseñales é los pendones é las coberturas, que eran de muchas colores é de muchas maneras, demostraban tan gran apostura, que quien quier que lo viese habria muy gran placer, si miedo no lo empidiese. Quando los turcos vieron todas las haces de los cristianos de aquella forma, fueron espantados de mala manera é muy desmayados; que ellos pensaban que los cristianos que estaban encerrados en Antioca, que non era sino poca gente. E estonce parecióles, como por milagro é por virtud de nuestro Señor Dios, que eran los cristianos otros tantos como ellos ó aun mas; é entre las gentes armadas iban los capellanes revestidos de estolas, é los otros clérigos de soppelices, é cada uno traía la señal de la cruz entre sus manos. E los que quedaron sobre los muros de Antioca estaban otrosí revestidos é en oraciones, é lloraban é pedían merced á nuestro Señor Dios que hobiese piedad de su pueblo é los salvase aquel día, é no sufriese que el su santo nombre ni la su santa fe se tornase en denuesto dellos ni fuese metido en servidumbre de los descreídos.

CAPITULO CXXXII.

De cómo Corvalan mandó degollar á un su provincial porque le dijera que los cristianos morían de hambre.

Quando vió Corvalan la gran multitud de los cristianos, cual oistes, muy bien aderezados de armas é de caballos, consideró que si ficiesen así de armas segun que parecían, non serían malos ni cobardes; llamó á un provincial, que era natural de Provençia, que le ficiera entender que los cristianos morían de hambre, é denostólo é dijole: «Fidenemiga, renegado é descreído malo, ¿cómo me osaste tú decir tal cosa, que los cristianos morían de hambre, é que comían los caballos é las otras bestias? Por tí somos traídos é engañados, é bien te digo que tú padecerás por la falsedad que me dijiste.» E fi-

zolo luego ante sí degollar á un turco; é recibió el falso tal galardón cual merecía por falsedad que dijiera en daño de los cristianos. Corvalan estonce llamó á su camarero, é dijole así en secreto: «Quando vieres el fuego encendido en la nuestra hueste, estonce toma todo el haber que tienes en guarda, é véte con ello; ca ten por cierto que aquella hora serémos nos desbaratados.» E él fizolo así, como adelante oirédes.

CAPITULO CXXXIII.

Cómo Corvalan envió á decir á los cristianos si querían estar por lo que ellos habían enviado á decir de la batalla.

Levantóse estonces en pie Corvalan de Oliferna, é estaba vestido de una vestidura verde, que fuera fecha en Cartago la mayor, obrada muy noblemente de bestias é flores é aves que semejaban que volaban, é eran entremezcladas entre estas cosas pescadas de la mar; é Corvalan era grande é fuerte é habia brava catadura, é después que hobo mirado los cristianos, llamó á Amagdelis é dijole: «Vé y di á aquella gente mala que malditos sean ellos de Mahoma, é todo su linaje; que agora les daré yo la batalla que me ellos enviaron decir de dos ó de veinte ó de cuantos ellos quisieren, ó de uno por uno; é en esta manera, que si el suyo fuere vencido, que se tornen é vengan para la cibdad, é paguen sus parias; é si el nuestro fuere vencido, que no haya otro daño, mas que sea suyo todo el reino de Suria por heredad hasta en Hierusalén.» Dijo Amagdelis allí: «Esto es gran deshonra, por cuanto ellos primeramente vos enviaron á decir esto mesmo con Pedro el Ermitaño, é respondístesles con gran soberbia, é que vaya yo agora á decírgelo. —Varon, dijo Corvalan, no me pago agora de tu locura ni de tus chufas; mas vé á hacer esta embajada, así como yo te lo mando.»

CAPITULO CXXXIV.

Cómo Amagdelis fué con su mensaje á los cristianos, é de la respuesta que ellos le dieron.

Amagdelis era hombre hidalgo é varon muy de buena presencia, é cabalgó luego en su caballo, é fuése para los nobles caballeros caballos de las haces de los cristianos, que estaban aun una gran parte dellos con el obispo de Puy; é en llegando, saludólos é dijoles su embajada, segun que oistes que le mandara Corvalan. Quando los caballeros oyeron aquella razon, hobo hí muchos dellos que dijieron al obispo de Puy que fuese la batalla segun que demandaba Corvalan, ca bien habia entr'ellos en aquel campo de los mejores caballeros del mundo. Esta razon fué luego sabida por toda la hueste, é desmayaban mucho los cristianos, porque les parecía que querían poner en aventura de uno todo su hecho; mas el conde de Normandía, que era hombre de gran esfuerzo é estaba en su haz sobre su caballo, cuando oyó el ruido tovo en ello el corazón é dijo á su compañía: «Esperadme aquí, ca yo quiero ir allá un poco, é luego me tornaré lo mas ahína que yo pudiere.» E desí mandó al su alférez, que traía la seña, que no moviese su gente adelante un paso. Estonce tomó cuatro compañeros, é fué con ellos apriesa quanto mas pudo aguijar, é cuando llegó dijo á muy grandes voces: «Gente sin recabdo, ¿en qué estáis? ca mucho vos veo desmayados,

ó ¿qué es aquello que pensais hacer? — Señor, dijo el obispo de Puy, agora lo sabréis: Corvalan de Oliferna vos envía decir á todos que quiere hacer la batalla así como vos le enviastes decir. — No, no, dijo el Conde, no hableis en eso; ca lo no haréis por cosa que en el mundo sea; ca nosotros por el amor de Dios habemos desamparado villas é castillos, é mujeres é hijos é grandes riquezas, é somos llegados á este día, que sea muy bien venido, en que serémos todos mártires é descabezados, ó los vencerémos con nuestras espadas; é agora pues fuese la voluntad de Dios que todo el poder de Oriente fuese aquí ayuntado, que hoy en este día serían todos desbaratados é vencidos, con la merced de Dios.» E después dijo al turco que era mensajero de Corvalan, que veniera á decir este mandado: «Amigo, non es costumbre de nuestras tierras que después que los cristianos son en campo guisados para dar batalla, que se tiren afuera por ninguna manera; é idvos, é decid á vuestro señor, que vos acá envió, que le desafiamos de muerte de parte de Boymonte é de Tranquer, é de toda la otra caballería que aquí védes; é ante que sea la tarde será el campo cubierto de sangre de los nuestros é de los suyos; ca non habrá otra pleitesía ninguna.»

CAPITULO CXXXV.

De cómo Amagdelis dijo á Corvalan la respuesta que le dieran los cristianos.

Ya oistes lo que el Conde dijo á Amagdelis; é cuando él vió que no le daban otra respuesta, tornóse luego para Corvalan é dijole: «Señor, lo que vos envían á decir los grandes hombres de allen la mar es esto que vos yo diré: dícnos que les non podréis hacer tornar á la cibdad por cosa que les podáis dar ni prometer; é oi al duque de Normandía rogar á Dios que cuantos de vuestra ley traen armas, que agora fuesen aquí todos ayuntados, é después juró que non escaparía ninguno de nosotros.» Cuando Corvalan esto oyó, creyó estonce que verdad era aquello que le dijiera Pedro el Ermitaño, al cual él toviere en poco así como en nada; é mandó estonce tañer los atambores é las bocinas é los cuernos de arambre, é mandó otrosí que se armasen todos; é armáronse todos los turcos luego por las tiendas. E Corvalan consejóse luego con sus ricos hombres, é ordenó sus haces por el consejo de los mas sábios que habia, é señaladamente por el consejo de los que nacieron en Antioca, de quien habia allí muchos dellos con él; é fueron las haces de Corvalan é de sus moros por todas cincuenta, é dió á cada una un rey por cabdillo. Cuando esto hobo ordenado Corvalan, cabalgó en su caballo é arremetióle por el campo por esforzar su gente, é dijo al rey Religion, de quien ya oistes de suso en esta historia hablar muchas veces, que se fuese contra la mar con la tercia parte de la gente, ante que los cristianos hobiesen tomado el llano é el campo, é que entre los montes é la cibdad que cometiesen la batalla; é que él iria de parte de la montaña con su gente é sus arqueros, é que cercarian á los cristianos en derredor, de manera que non pudiesen ir á ninguna parte, ca él les baria que nunca jamás tornasen á sus tierras. E él respondióle que lo haria. E esto hizo Corvalan con intención que cuando los cristianos fuesen desbaratados